

Por qué los niños roban en los grandes almacenes

LA ROBOMANIA

DESEOS ESTIMULADOS

Con frecuencia, a lo largo del año, se suceden las ocasiones en las que por todas partes se nos invita a comprar: Navidad, Reyes, el Día de la Madre... Las ideas nunca faltan. Varias semanas antes de cualquier acontecimiento o fiesta importante se nos recuerda que no hay que perder esta ocasión excepcional o que es necesario aprovechar las rebajas, las ofertas, unos precios de «derribo», etc. Los niños son los más particularmente incitados a hacer interminables listas de cosas para comprar. Los padres nos dolemos prosaicamente de que la culpa la tiene la publicidad; pero el caso es que el deseo está ya estimulado y hace falta satisfacerlo cueste lo que cueste... Por eso nadie puede extrañarse de que entre la multitud que entra y sale de los almacenes, cargando sus paquetes, una pequeña mano se aproveche del cohecho tan bien expuesto y cuyos méritos se han evocado tan elocuente y repetidamente en la televisión.

Sin embargo, todas las raterías no pasan desapercibidas. Los ladrones, a veces, son cogidos con las manos en la masa. Entre ellos, el 80% son menores de 30 años. ¿Por qué roban?

Durante algún tiempo se pensó que ciertos componentes neuróticos individuales eran la causa de este comportamiento asocial, pero está demostrado que solamente una proporción muy pequeña de personas responden a esta hipótesis. La mayoría de las veces se trata de gente bien adaptada, integrada en su modo de vida y que no carecen de confort material y afectivo.

Los cleptómanos de verdad son tan raros que se pueden considerar parte del folklore. Una jovencita, conocida por todos los dependientes de unos grandes almacenes, acudía dos veces al año para «aprovisionarse» de vestidos de lujo, bolsos y guantes de piel. Cuando la «pillaron in fraganti», la madre, que iba siempre con ella, declaró que se sentía incapaz de oponerse a que su hija se diera estos pequeños gustos. Se le propuso que devolviera por las buenas los objetos robados para evitar la de-

La «ratería» existe en el mundo desde mucho antes de que existieran los actuales grandes almacenes y centros comerciales. Ya en tiempos de Augusto, los responsables del puerto de Roma se vieron obligados a crear una milicia especial para proteger las mercancías contra las tentaciones de las buenas gentes latinas. Hoy los sistemas de seguridad de las galerías y los supermercados cuentan con un gran ejército de vigilantes, la mayoría antiguos dependientes, y, en muchas ocasiones, con sofisticados sistemas de vigilancia electrónica. Los «distráidos» que franquean la puerta de salida se ven, a veces, desagradablemente sorprendidos por la alarma que hacen sonar etiquetas especiales de los objetos no pagados.

nuncia. La madre no volvió a aparecer por la tienda hasta un día en el que se la descubrió llevándose cierta cantidad de vestidos para la hija, pero, además, otros de una talla mayor. Evidentemente, le estaban bien a ella...

Las respuestas más corrientes cuando se pregunta «¿por qué robas?» son evasivas: «no sé, algo me impulsa a ello», «pues no recuerdo, no lo entiendo», «todo el mundo lo hace»...

La actitud de la mayor parte de las tiendas ante los ladrones cogidos «in fraganti» es más o menos estricta y casi diríamos que «a la medida del cliente». Si se trata del primer robo y si el cliente expresa su pesar con suficiente convicción, pagando el objeto o devolviéndolo, la historia acaba en los archivos secretos de la tienda. Los reincidentes suelen ser conducidos a la comisaría. Un dato llama la atención: la proporción de reincidentes sorprendidos es prácticamente despreciable, alrededor del 1%. ¿Es porque cambian de tien-

da? ¿Es porque se vuelven más astutos? Es difícil creer en el efecto disuasorio de la primera cazada.

NO TIENEN SENTIMIENTO DE CULPA

Los niños y los adolescentes ladrones constituyen un pequeño ejército, aunque faltan datos exactos sobre su número y las informaciones son, a propósito, vagas. Roban libros, jerseys, casettes... cualquiera de las cosas que desean para hacerse un regalo a sí mismos... Jamás dicen que roban; este término tiene una tonalidad moral demasiado fuerte: mangan, distraen, chori-zan...

La sensación y la seguridad de ser vigilados, la presencia de los carteles que indican la existencia de vigilancia electrónica, etc., liberan de la culpabilidad y estimulan el ingenio. Es fácil dar una explicación racional: «Yo no he robado a nadie, son ellos quienes me arrastran con su publicidad que yo no he solicitado; son ellos los que me están incitando todos los días, desde la mañana hasta la noche». «En cuanto abro los ojos, me aconsejan hacer esto y lo otro, venir y comprar esto y aquello...» Otros se disculpan con las subidas salvajes de algunos productos: «Pero te das cuenta... la cantidad de dinero que nos roban cada día! Así, por lo menos, establezco un cierto equilibrio... Además, todo el mundo sabe que ellos tienen previsto un porcentaje de robos en sus cotas de beneficios...»

Para muchos niños, el robo individual ofrece un juego particularmente excitante: Probar su habilidad, su coraje, su dosis de sangre fría. A menudo muestran un desprecio olímpico por lo que roban. Cuanto más voluminoso sea el objeto, más difícil de sacar, más sorprendente, mejor. En este sentido se establecen verdaderos concursos entre los niños. Dos muchachitos de pantalón corto, por ejemplo, robaron una cama con su canapé y la abandonaron en un pasadizo cerrado a 50 metros de la tienda.

Esta clase de robos tienen un significado psicológico, poseen diversos ele-

mentos que entran en el «campo psicológico» del niño en el momento en el que se apodera del objeto. Además de la cosa en sí, y del deseo que el niño tiene de cogerla, existe también la prohibición misma de robar. La actitud del niño respecto al robo, y a sus consecuencias, está muy unida a la calidad de los contactos que él mantiene con los demás: su familia, la escuela y los amigos.

Los robos sin significado delictivo no constituyen un compromiso con un género de vida antisocial. Para los niños, hasta la edad de 6 ó 7 años, la disociación entre el valor que conceden a un objeto y el hecho de cogerlo y apropiárselo, no es todavía muy estable. A pesar de los recordatorios de las reglas, la necesidad que ellos pueden sentir de tocar o de coger el objeto que les interesa priva con mucha frecuencia, se impone. Aunque un comportamiento así no merece precisamente las felicitaciones de los que le rodean, es necesario ver en ello las iniciativas del yo que trata de conseguir una autonomía y de comprender experimentalmente la relación que existe entre lo que le pertenece a uno y lo que les pertenece a los demás.

Estos primeros robos que, con frecuencia, son únicos (la sanción social juega en esto un papel restrictivo) se inscriben, pues, en un proceso de maduración. Más tarde, si el niño se deja llevar por la tentación se tratará, más que de una rebelión contra las reglas, de una necesidad de integración a un grupo, de cohesión con los iguales que conceden con frecuencia al robo un valor de iniciación. A ello se añade un cierto aspecto lúdico: por nada del mundo ninguno de ellos decepcionaría a sus compañeros o correría el riesgo de ser menos que ellos.

EL ROBO EN PANDILLA

La gravedad de las consecuencias que pueden derivarse del robo en pandilla es quizás menos importante que la actitud a tomar frente a este hecho. Sería difícil no tomar en serio la necesidad, que a cierta edad y en ciertas circunstancias aparece, de mantener y de intensificar la relación con los demás.

La edad prepuberal es la edad crítica. Los niños encuentran el medio familiar y, muchas veces, el escolar, demasiado estrecho, y buscan fuera la complicidad de la pandilla. Los días de vacaciones, el verano, las navidades, son épocas en las que se ve por los grandes almacenes, de una forma más intensa, deambular pequeños grupos de aprendices de ladrones. La mayor parte de las veces el líder tiene más experiencia que los otros y es quien les inicia en el descubrimiento de «una curiosa sensación a mitad de camino entre el miedo, la curiosidad de ver lo que puede pasar y el placer».

Evidentemente, es más fácil robar en grupo que en solitario: los compinches pueden jugar el papel de «observadores» o de elementos de distracción. Sin embargo, y ahí está una motivación inconsciente, los demás permiten a cada uno evadirse de su propia soledad, le liberan del doloroso sentimiento de estar excluido de la comunidad. Desde el momento en que se roba en equipo nadie se siente culpable de verdad, nadie comete un delito cuando todo el mundo participa en él...

Diferente significado tiene el robo que practica el niño o el adolescente que se niega a cambiar su conducta y a someterse a las leyes de la comunidad. Las normas que se le imponen o las restricciones son para él incompatibles con el desarrollo de su propia personalidad y continúa enfrentándose a ellas y viviendo a su modo. En este caso hay que hablar ya de que «el robo es su estilo de vida».

El adolescente asume respectivamente la ruptura que se establece entre él y los demás y acepta el riesgo con sus inevitables consecuencias.

LA CLEPTOMANIA

Un problema completamente diferente es el que plantea el robo de raíz neurótica. Se trata de acciones que se producen como respuesta frente a una situación de frustración que el adolescente (o también el adulto) es incapaz de tolerar. Su enfermedad provoca una búsqueda de placer compensatorio; el robo no es elegido, sino que se produce a pesar de uno mismo, impulsado desde el exterior. Esta actitud se encuentra también transferida en la necesidad irresistible de comprar cosas continuamente. Cuando actúa así, el adolescente disminuye su tensión interior, que tiene un origen muy diferente, pero que él no puede ni reconocer ni asumir.

En el caso de los robos neuróticos propiamente dichos, el conflicto es más profundamente inconsciente y la acción de robar constituye una válvula de escape que permite salir de la neurosis. Aunque el robo supone un alivio y una satisfacción parcial, sin embargo es un acto frustrante, sin significado ni justificación para el propio actor.

EL POLICIA INTERIOR DUERME

Otro aspecto del robo es que constituye un acto no honrado. Cuando se habla del tema de la honradez se supone que cada uno admite las normas, o por lo menos conoce las reglas que hay que respetar. Las sanciones y los representantes de la ley, y, de una manera más lejana, los jueces y las prisiones, están al servicio de la sociedad para el caso en que el temor de la sanción no baste para respetar las normas. La presencia efectiva de los símbolos sociales es

indispensable, porque no siempre nuestro propio «policía interior» está despierto. Los robos de los que estamos hablando son un claro ejemplo: el efecto de la vigilancia electrónica se mejora claramente si además existe un guardián de uniforme, tan útil para los adolescentes como para los adultos.

Fácilmente se siente la tentación de robar si la ocasión parece favorable y los riesgos son mínimos, sin cuestionarse —por lo general— el respeto hacia la sociedad y sin agresividad alguna hacia ella.

Para muchas personas, un comportamiento opuesto a las normas sociales es inadmisibles; constituiría una degradación personal de su «status» o de la imagen que intentan ofrecer. Nada hay en esto de respeto hacia los demás y hacia sus derechos, sino un comportamiento respetuoso o no con las normas que revela un fondo de conformismo social.

Aunque esta actitud es más sutil que el temor de verse sorprendido por la policía, se trata, de todas formas, de una referencia a los demás, es decir, a la imagen que se quiere mantener ante ellos. La paradoja consiste en que esta referencia es distinta según sea la edad y el medio social. Mientras que para un burgués retirado o un digno funcionario resultaría insoportable verse sorprendido con las manos en la masa, para un adolescente sería casi intrascendente. El robo se ha convertido en un snobismo en algunos medios juveniles que se preocupan muy poco de la atención de los demás y que desean, ante todo, aparecer y mostrarse tal como los miembros de la pandilla desean verlos. No se roba por placer, ni siquiera por necesidad, sino simplemente porque está de moda, porque «farda» mucho y «mola cantidad»...

Sea que los robos reflejen la expresión de un conflicto inconsciente o bien que se deban a una adaptación casi normal a la sociedad de consumo que suscita deseos sin ofrecer los medios para satisfacerlos, la mayor parte de los robos han perdido, ya hace tiempo, la imagen de delitos graves.

Por parte de los padres, el problema, más que el saber si el niño ha robado o no, consiste en la forma de enfrentarse a las reacciones que su comportamiento haya provocado. Se presenta un problema: ¿va a continuar cayendo en la tentación y poniendo en peligro no sólo su adaptación social y la imagen que desea dar de sí a sus padres e incluso los lazos afectivos que le ligan a ellos? Por esta razón, aunque todos los niños han robado en su vida alguna cosa, la mayor parte renuncian espontáneamente a seguir robando.

A nosotros nos toca comprender por qué un niño ha caído en la tentación de robar algo, y de dialogar sobre ello sin dramatizar.

La opinión de un juez español de menores

Para completar algunas opiniones vertidas en este artículo, hemos entrevistado en nuestra redacción a D. Claudio Movilla, magistrado de la Audiencia Territorial de La Coruña y juez de Menores.

PM: ¿Cuál es la importancia que tienen estas actuaciones, desde el punto de vista de la Justicia y desde el propio niño?

C. Movilla: Bien... En todo el tiempo que llevo como juez del Tribunal de Menores, no me ha llegado ni un solo caso de denuncia por este tipo de robos. Por otra parte, creo que los niños no le dan la más mínima importancia a estos hechos. Robar, o como ellos dicen, «mangar», etc., pequeñas cosas en los *grandes almacenes* parece algo insignificante que, además, —en la opinión de los propios chicos y mayores— está incluido dentro del coste necesario de cada artículo.

Sin embargo, está claro que aquí se presenta un problema ético —una alteración de los valores— y una disfuncionalidad social que convendría revisar. Me parece que la conducta de la sociedad es discriminatoria: los niños que roban en las tiendas pertenecen a clases sociales distintas de los niños que van a parar al Tribunal de Menores. Por lo general, a nosotros nos llegan niños que pertenecen a un subproletariado muy marginado, que tiene como principal característica el rompimiento de la vida familiar: padres separados, alcohólicos, vagabundos y maleantes, etc. Esta clase de niños, ni siquiera entra en esos grandes almacenes; prefieren dedicarse a otra clase de robos: roban coches, rompen escaparates, dan el tirón, etc.

En los robos de los grandes almacenes, la sociedad prefiere, por lo general, actuar de forma disuasoria, sin complicar la situación con la Policía y los Tribunales. Sin embargo, me parece que sería más justo y más eficaz que también estos «delitos» fuesen tratados por el Juez de Menores. Desde luego, desde el punto de vista ético, no puede ser suficiente que los padres ofrezcan la compensación económica de pagar los efectos sustraídos y en paz... Ahí hay algo más importante que la pura cuestión crematística: hay una dimensión ética que es necesario reeducar y esa función debería recaer en el Juez de Menores.

Esto nos exigiría una transformación de nuestra propia organización: contar con personal especializado: psicólogos, asistentes sociales, educadores, etc. Hoy nos movemos con una precariedad de medios tal que esto sería muy difícil. ¿Que por qué no llegan al Tribunal de Menores chicos con estos problemas? Pues porque el procedimiento obliga a que los dueños de las tiendas realicen las denuncias a través de la comisaría, con la inevitable consecuencia de la apertura de una ficha policial y la aparición de unos antecedentes que constarán durante toda la vida del sujeto... Se explica así que las tiendas prefieran amonestar y meterle el miedo en el cuerpo a los menores y arreglar el asunto directamente con los padres.

Habría que arbitrar la posibilidad de una denuncia sin consecuencias policiales y sin constancia. Se facilitaría la actuación del Juez de Menores en todos los casos y la sociedad ofrecería así una imagen más justa.

Los robos de menores en los grandes almacenes

La opinión de los gerentes de estas tiendas

Este tipo de robos comienzan ya a ser un grave problema, incluso económico, debido a la cantidad de casos que se registran diariamente.

La mayor incidencia se produce los «días de vacación», los sábados... No es frecuente que los niños vengan solos. Generalmente vienen en pequeños grupos o pandillas y es curioso observar que durante un cierto tiempo proliferan los niños de un determinado colegio, después vienen los de otro... así, por oleadas.

Aparte de algunas tiendas que poseen sofisticados medios para detectar el robo, a la mayoría le es suficiente contar con una o dos personas en cada planta para una buena parte de los casos que se producen.

La reacción por parte de los encargados de estas tiendas es muy variada: va desde una simple reprimenda con la obligación de restituir el objeto robado, hasta la denuncia formal ante la Policía. Lo más usual es llamar a los padres de los niños, o a la dirección del colegio en que estudian, para hacerles partícipes de la situación y contar con ellos para averiguar algunas circunstancias interesantes: si esta es la primera vez, si actúan en pandilla, etc.

Todos los almacenes suelen llevar un control para comprobar los casos reincidentes.

Personas encargadas de realizar estas entrevistas nos han facilitado algunos datos curiosos sobre la conducta y el comportamiento de estos niños:

- Suelen confesar muy rápidamente, incluso ofreciendo espontáneamente datos de robos cometidos en otras tiendas.
- Son muy sensibles ante el riesgo de llamar a los padres para informarles sobre su conducta. Especialmente cuando se les habla de la madre. Nos decía un entrevistado: «entonces se derrumban».
- No suelen reincidir.
- En una ocasión se le dijo a un chiquillo que se iba a comunicar a los padres lo que había hecho. Al chiquillo se le permitió ir para casa. Tardó tres días en aparecer. Lo encontraron en el basurero de la ciudad.
- A los gerentes de los grandes almacenes suele resultarles muy difícil llamar a la Policía. Especialmente en las ciudades pequeñas. Sin molestar a nadie, no es extraño encontrar entre los pequeños «ratas» a hijos de importantes funcionarios, de políticos, de directores de banca o de policías.